

---

# Borges prologuista y crítico

José Javier Coz



En 1974 una editorial argentina reunió en un volumen una selección de prólogos que Jorge Luis Borges había escrito desde los años veinte por encargo o por iniciativa propia y que a partir de 1957 había dictado. Se titula *Prólogos: con un prólogo de prólogos*. A petición del editor Franco Maria Ricci, en 1975 inicia la empresa de prologar 30 obras de literatura fantástica que compondrán la colección Biblioteca de Babel. En 1983 se le propone a Borges dirigir y prologar 100 obras de una colección que se llamaría Biblioteca Personal cuya selección no tendría otro criterio que el del gusto personal. Ya había publicado de 1936 a 1939 reseñas y ensayos en una revista femenina, *El Hogar*, ahora compilados bajo el título de *Textos cautivos*.

No hay acuerdo en delimitar qué es con exactitud un prólogo, o por lo menos distinguirlo de la introducción, el prefacio, la advertencia, la presentación, el preliminar, hechas en muchas ocasiones por alguna autoridad que avala y a veces abunda en anécdotas y elogios, y hasta en agradecimientos; tampoco de la contraportada o de las solapas, hechas por los editores y que la mayoría de las veces se reducen a publicidad, o del mismo epílogo, cuyo contenido no se diferencia del prólogo por el solo hecho de ocupar el extremo final de la obra.

La etimología de prólogo nos ha obligado a concebir que éste antecede a la obra. En el prólogo a *Prólogos: con un prólogo de prólogos*, Borges hace un llamado a inaugurar un género literario: la crítica ficción, que de alguna manera ya habían entrevisto algunos autores del siglo pasado. Dice que la revisión de prólogos que ya había olvidado le sugirió el plan de otro libro, el que ofrece a

quienes quieran escribirlo. Constaría de prólogos de libros inexistentes y posibles, con citas para efectos de verosimilitud, con resúmenes de argumentos que sean mejor objeto para la imaginación y el diálogo casual para su desarrollo. La crítica contenida en el prólogo tiene como pretexto la obra, y en la crítica ficción, ahora sí, antecederá a la obra como una especie de bosquejo o plan, si es que no permanecerá como obra literaria en sí. De ahí que se le consideraría otro género literario que no es propiamente el ensayo.

Los prólogos de Borges casi no se diferencian de una reseña o de un ensayo. No está claro el procedimiento que sigue pero se pueden observar algunas consideraciones para con el lector que él se impone y las hace explícitas cuando reseña una obra de crítica literaria. Una de estas consideraciones es que resume la historia de un cuento o una novela sólo con ocasión de abordar el problema de la primacía del argumento sobre el desarrollo de caracteres, es decir, al abordar la doble posibilidad de si los personajes son imaginados para justificar situaciones y tramas o si éstas se subordinan y son apoyo a la descripción de un personaje. Por ejemplo, la personalidad de un hombre estudiado no en él sino indirectamente en los objetos y personas que lo rodean. Otra consideración es la de circunscribir los comentarios con juicios de valor a un contexto de literatura comparada o de repaso sobre lo que ya se ha dicho o dicho de otra forma acerca del tema que trata el libro prologado. Estas dos consideraciones apuntan a no predisponer al lector con anticiparle un desenlace o formarle prejuicios.

Borges toma la obra como pre-texto para escribir algo que se parece a una invitación a leerla

## ◆LA CULTURA EN RENGLONES

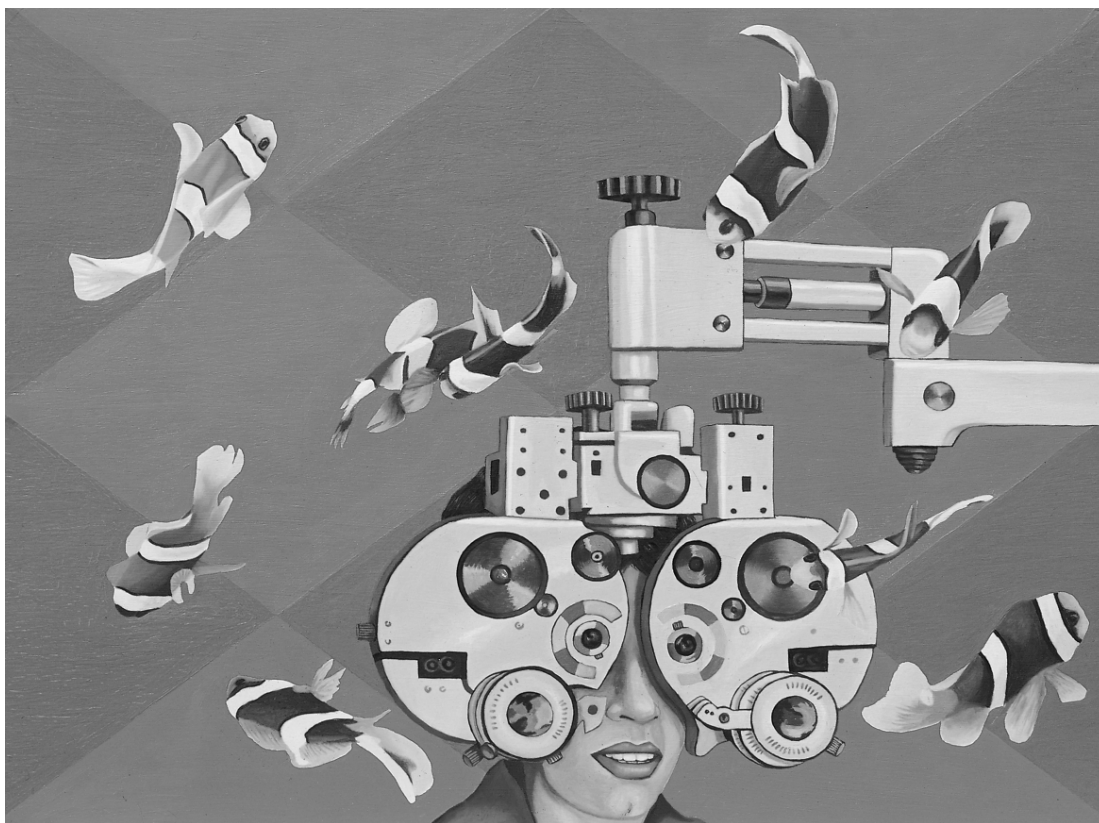
y a una nota breve con reflexiones indirectas sobre estética y literatura. En todo caso, se trata de epílogos. Invierte el supuesto prólogo a una obra literaria para que ésta sea más bien la condición para el punto de partida de la reflexión sobre literatura. Con esto evita contar la historia.

Antes que escritor, Borges es lector. Durante muchos años leyó cuanto se le atravesaba y se interesó en las biografías de los autores. Bajo el supuesto de Plinio de que no hay libro tan malo que no encierre algo bueno, antes de censurar alguno prefería destacarle omisiones y los pequeños aportes que pudieran sumarse al gran conjunto de la literatura. Para Borges, antes del autor está la obra, y antes de la obra está la literatura. La literatura no está hecha de autores ni de obras sino de momentos, escenas, personajes. La lectura se encarga de valorarla. Ya es conocida su frase: “una literatura difiere de otra, ulterior o anterior, menos por el texto que por la manera de ser leída”.

Borges parece haber dado con una escritura pudorosa que a base de no decirlo todo sugiere más que el todo, un arte de la brevedad que tiene su principio en lo sugerente, que va más allá del mero resumen. Evita la exposición didáctica que reitera y agota la explicación y que no deja a la

imaginación del lector completar lo que lee. Muchos escritores se explayan y pasan de la disertación sobre un tema al ensayo de un estilo. Terminan ensayándose a sí mismos. Esto atenta contra la participación que podría otorgar o proponer el autor a su lector.

Las reflexiones que Borges deriva o incorpora en torno a los géneros literarios, la historia de la literatura, las posibilidades técnicas de narrar, las maneras de sugerir, esbozar y agotar la descripción de un personaje, a la relación entre el autor y la obra o ésta y el lector, etc., podrían ordenarse en una estética y una preceptiva literaria. Borges sólo deja bosquejada esta posibilidad, pues intuía que una teoría literaria es historia de la literatura encubierta de generalizaciones traducidas en leyes, una teoría que no sabría qué hacer con descubrimientos nuevos, potencialidades y cambios impredecibles en el vasto universo de la narrativa y la poesía. Borges coincidía con Paul Valéry en que la historia de la literatura no debería ser la historia de los autores y de los accidentes de su carrera ni la cronología de sus obras sino la historia del espíritu como productor o consumidor de literatura. Esa historia podría llevarse a término sin mencionar un solo escritor. “Podemos estudiar la



*Sin título*, óleo sobre madera, 60 x 80 cm, 1997, colección Gabriela López Rocha.

---

forma poética del *Libro de Job* o del *Cantar de los Cantares*, sin la menor intervención de la biografía de sus autores, que son enteramente desconocidos”.

Un tanto lo que hizo Oswald Spengler en la *Decadencia de Occidente*, donde propone una morfología de la cultura en lugar de una historia que reduce los hechos a una simple cronología. En todo caso, la historia de la literatura es la historia de la lectura. El propio tiempo sin la intervención de críticos e historiadores es el que selecciona y antologa las obras. Inspirado en Novalis, Borges destaca el encanto peculiar de las antologías donde la mera agrupación de dos piezas (con sus diversos climas, procederes, connotaciones) puede lograr una virtud que no logran esas piezas aisladas.

Por lo demás, copiar un párrafo de un libro, mostrarlo solo, ya es deformarlo sutilmente. Esa deformación puede ser preciosa. La materia de algunas antologías es tan rica, que casi por sí sola ha sobrevivido la incapacidad y la languidez de los colectores.

Algunas literaturas antiguas están mejor representadas en el siglo XIX que en siglos precedentes o que en la actualidad por la sencilla razón de que el tiempo ya había llegado a una depuración selectiva.

Si se pudiera extraer alguna propuesta de los prólogos de Borges a manera de conclusión, se llegaría a la prescripción literaria de que la tradición de la modernidad ha sido, o aun es, la ruptura de la tradición, es decir, romper con la tradición se ha vuelto ya tradicional; quizá sea necesario romper con la ruptura de la tradición. Esto llega a contrariar algo que el propio Borges reprobó y evitó: generalizar sobre literatura a partir de la propia historia de la literatura, generalizaciones útiles sólo para los historiadores de la literatura, de sus escuelas, movimientos y periodos arbitrariamente establecidos; no útiles, en cambio, para la experiencia y el hecho estético de la lectura.

Al referirse a las vanguardias, Borges insiste en que la originalidad es una superstición propia del siglo XX. Quien rehuye estar expuesto a las influencias de otros escritores ignora que la influencia en la escritura no viene sólo de las lecturas sino de toda una tradición. Para Borges es mejor que seamos conscientes de cómo opera la influencia sobre nosotros a que creamos ingenuamente escapar de ella, o lo que es peor, ser inmu-

ne. Más aún, no descartaba el plagio de un estilo o la rescritura de una historia como método para dar con un lenguaje propio. Cultivar los parecidos para hacer posible resaltar las diferencias, o para dar pie a la recreación. Esto sucede también en la lectura. A veces leemos pensamientos que reconocemos que fueron nuestros y que hemos rechazado y en el libro vuelven por escrito como si nos fueran ajenos, “con una majestad forastera”.

Según Borges, una de las grandes carencias de la literatura de hoy es la épica. Si se entiende la épica como composiciones anónimas que tratan de una materia tradicional en la que figuran héroes y númenes, ya se puede acudir al periodismo. Pero si denominamos épico a lo que deja un sabor de destino, hoy en día nos tendríamos que resignar más bien al cine. Los escritores de nuestro tiempo, al igual que los pintores, se deleitan en las flaquezas de la condición humana. Parece más fácil otorgar crédito a este tipo de literatura y dejar la imaginación de héroes a los lejanos antiguos, que resultaría inverosímil en un contemporáneo. Sin embargo, sucede lo contrario. Entre más lejana histórica y geográficamente se sitúa una historia, más fácil resulta imprimirle veracidad. Además, la permanente vigencia de lo épico la han mostrado algunas piezas de Hollywood. Los escritores de hoy se vanaglorian de ser caóticos. La invención de rasgos circunstanciales de la que adolece la novela contemporánea, y que en la novela psicológica se dirigen a un individuo, es ya un invento del siglo XV. Borges sugiere entre líneas que para escribir una novela hoy habría que situarse en el debate entre los antiguos y los modernos, entre la novela de aventuras y la novela psicológica, entre la épica y el existencialismo. Proponer una recreación que haya asimilado todos estos frentes. La única libertad concedida al hombre es la imaginación infinita. En la literatura no hay deber ser, tampoco hay libertad absoluta, pues hay una historia con la cual se dialoga y a la que se puede responder de muchas maneras. ◆

## Bibliografía

- BORGES, Jorge Luis. *Biblioteca personal (prólogos)*, Alianza, Madrid, 1988.
- *Prólogos: con un prólogo de prólogos*, Torres Agüero, Buenos Aires, 1975.
- *Textos cautivos: reseñas, ensayos y biografías de El Hogar 1936-1939*, Tusquets, Barcelona, 1986.
- *Otras inquisiciones*, Emecé, Buenos Aires, 1986.